

Augusto con el ojo izquierdo enteramente cerrado y sufriendo atrozmente las consecuencias de la jaqueca que tenía desde por la mañana, entró en su habitación adonde fueron llegando los individuos de la familia. Entonces Valeria, al separarse de Berta, cediendo á una brusca emoción, la estrechó en sus brazos acabando de arrugar su blanco traje, la besó y la dijo al oído:

—¡Ah! querida mía... la deseo á V. más suerte que la que yo he tenido.

IX.

Dos días después á cosa de las siete de la tarde, al llegar Octavio á casa de los Campardon para comer, encontró á Rosa sola con una bata de seda crema adornada de encajes blancos.

—¿Espera V. convidados? preguntó.

—No por cierto, respondió algo turbada: en cuanto llegue Aquiles nos pondremos á comer.

El arquitecto no llegaba nunca á la hora de comer, y al presentarse estaba siempre muy sofocado y se quejaba de los picaros negocios que no le dejaban respirar. Después, se marchaba todas las noches, agotando todo género de pretextos, hablando de citas en tal ó cual café, inventado reuniones en parajes situados á larga distancia. Con este motivo Octavio solía acompañar á Rosa,

porque había comprendido que el favor que le dispensaba el arquitecto teniéndole como pensionista en su casa, era para que entretuviera á su mujer. Ella se quejaba dulcemente de estas ausencias, temía que tanto trabajo le perjudicase; por lo demás, le dejaba en libertad de buen grado, y lo único que la inquietaba era que se retirase después de las doce.

—¿No le parece á V. que desde hace algún tiempo anda triste? preguntó Rosa á Octavio.

El joven no había notado nada.

—Lo que creo es que está preocupado, dijo, y no es extraño, las obras que hace en San Roque son importantes.

Ella se encogió de hombros sin insistir, y después se mostró muy amable con el huésped, preguntándole como de costumbre con un afecto de madre y hermana á la vez en qué se había ocupado durante el día. Cerca de nueve meses hacía ya que comía con ella y le trataba como si fuera de la familia.

Por fin se presentó el arquitecto.

—Buenas noches, monona... chata mia, dijo besando su frente con el afecto de un buen marido. ¿He tardado, no es verdad? No he tenido la culpa. ¡Encontré á un imbécil, que me ha tenido parado en medio de la calle más de una hora!

Octavio se alejó y les oyó cambiar algunas frases en voz baja:

—¿Vendrá?

—No..... ¿para qué? Sobre todo no te aflijas.

—¿Me habías prometido que vendría?

—Pues bien, vendrá. ¿Estás contenta? Sólo por darte gusto lo hago.

Se sentaron á la mesa, y durante la comida no se habló más que de la lengua inglesa que Angela estudiaba desde hacía quince días. Campardon sostenía que era necesario que una señorita supiera hablar inglés, y como Lisa había servido antes en casa de una actriz que había estado en Londres, en todas las comidas se discutían los nombres de los platos que sacaba á la mesa. Aquella noche después de largas é inútiles tentativas para pronunciar la palabra *rumsteack*, fué necesario retirar el asado, que olvidado en el fuego por Victoria se había puesto duro como una suela de zapato.

Estaban en los postres cuando el timbre de la puerta de la calle estremeció á madame Campardon.

—Es la prima de la señora, dijo Lisa entrando, con el acento de disgusto de una criada á quien no han dado intervención en un asunto de familia.

Acto continuo entró Gasparina con un traje negro de lana muy sencillo, con su rostro flaco, y su aire de pobre trabajadora. Rosa envuelta en su bata de seda crema, gorda y frescota, se levantó tan conmovida que las lágrimas anublaron sus ojos.

—¡Ah! querida mía, exclamó, ¡eres muy buena...! Olvidemos lo pasado ¿no es verdad?

La estrechó en sus brazos y la dió dos besos. Octavio, movido por un sentimiento de discreción quiso partir. Pero se enfadaron, podía quedarse, era como de la familia. Al oír estas declaraciones se quedó, y muy contento por presenciar la escena. Campardon, muy agitado al pronto, separaba los ojos de las dos mujeres, yendo de un lado á otro para buscar un cigarro, mientras que Lisa que quitaba la mesa de malos modos cambiaba miradas confidenciales con la asombrada Angela.

—Es tu prima, dijo por fin el arquitecto á su hija... ya nos has oído hablar de ella... Dala un beso.

La niña la besó con un aire gazmoño, inquietándola las miradas de institutriz que la dirigió Gasparina después de hacer varias preguntas acerca de su edad y de su educación. Después cuando pasaron á la sala, prefirió irse con Lisa que cerró violentamente

la puerta diciendo sin temor de ser oída:

—¡Nos vamos á divertir como hay Dios!

En la sala, Campardon que estaba febril, exclamaba:

—Aseguro bajo palabra de honor que la idea no ha sido mía, sino de Rosa que ha querido reconciliarse. Desde hace ocho días me repetía todas las mañanas: vé á buscarla. Y al fin y al cabo como V. ve, me he decidido á complacerla.

Y como si hubiera sentido la necesidad de convencer á Octavio, se lo llevó al balcón y le dijo:

—Ahí tiene V... las mujeres son así. Lo que es á mí me cargaba todo esto, porque tengo miedo á las habladurías. Ya se ve, cada cual iba por su lado, no había temor de que chocasen... pero he tenido que ceder al oír á Rosa asegurar que de este modo todos viviríamos contentos. Nada se pierde por probar... de su modo de ser respectivo depende la conducta que yo deba observar.

Rosa y Gasparina se sentaron en el canapé y hablaban del pasado, de los días felices que transcurrieron para ellas en Plassaus en casa del buen padre Domerguer. Por entonces Rosa estaba pálida, endeble, era una niña enfermiza, mientras que Gasparina, mujer á los quince años, era alta y gracias á

sus bellos ojos hasta apetitosa. Al volver á verse después de tanto tiempo, se miraban y apenas se reconocían, la una tan fresca y tan gruesa por efecto de su forzosa castidad, y la otra gastada por la pasión nerviosa que la abrasaba. Gasparina sufría un momento al verse con su color amarillento y su vestido humilde en presencia de Rosa vestida de seda, y ahogando bajo los encajes la delicada turgencia de su blanco cuello. Pero dominó su envidia, y aceptó resueltamente la situación de pariente pobre, mostrándose sumisa ante el lujo y las gracias de su prima.

—¿Y qué tal de salud? la preguntó á media voz. Aquiles me ha indicado... ¿no encuentras mejoría?

—No, respondió Rosa melancólicamente... Ya ves, cómo bien, mi aspecto no es malo... pero en cuanto á mi dolencia, ni se alivia, ni se aliviará nunca.

Como lloraba al decir esto, Gasparina la estrechó en sus brazos y la tuvo así un rato junto á su liso y ardiente pecho, mientras que Campardon se acercó á consolarla.

—¿Por qué lloras, mujer? la dijo con maternal acento. Lo principal es que no sufras... ¿Qué te importa lo demás teniendo como tienes á tu lado personas que te quieren con toda el alma?

Rosa se calmaba y hasta se sonreía en medio de las lágrimas. Entonces el arquitecto profundamente enternecido, las estrechó á las dos en un mismo abrazo, y llenó de besos balbuceando:

—Sí, sí, nos querremos mucho, y sobre todo te amaremos, monona mía. Ya verás como todo se arregla, ahora que estamos reunidos.

Y volviéndose á Octavio:

—¡Ah! amigo, añadió, digan lo que quieran, no hay nada en el mundo como la familia.

El resto de la noche pasó agradablemente. Campardon que cuando se quedaba en casa después de comer solía dormirse, recuperó su buen humor de artista, y contó cuentos, y hasta cantó las picantes canciones que había aprendido en la escuela de Bellas Artes. Cuando á cosa de las once se retiró Gasparina, Rosa quiso salir á despedirla á pesar de la dificultad que tenía para andar, y desde la barandilla y en medio del grave silencio de la escalera:

—¡Qué vengas á vernos con frecuencia! la dijo:

Al día siguiente Octavio lleno de curiosidad, procuró hacer hablar á la prima en la tienda donde servían juntos, aprovechando

la ocasión de la llegada de una remesa de ropa blanca que los reunió; pero ella no se dió á partido, comprendiendo el joven que le era hostil sin duda por haber sentido que hubiera presenciado la escena de la reconciliación. Además, no le era simpático, y por el contrario siempre que tenia ocasión le demostraba cierto rencor. Hacia tiempo que habia comprendido sus pretensiones cerca de Mad. Hedouin, observaba la asidua corte que le hacía, y á lo mejor hallaba el joven sus miradas siniestras, acompañadas de un gesto despreciativo que á veces le turbaba. Cuando aquel diablo con faldas alargaba entre los dos sus secas manos, presentía con tristeza que nunca conseguiria los propósitos que le inspiraba la esposa de su principal.

Octavio se habia fijado el plazo de seis meses para hacer la conquista; habian pasado ya cuatro, y el joven sentia vivas impaciencias. Todos los dias se preguntaba si no seria mejor adelantar las cosas, al ver el poco progreso de sus tentativas para enternecer á aquella mujer siempre tan fria y al mismo tiempo tan amable. Al fin y al cabo concluyó por manifestarle verdadera estimación, hija del gusto con que le oía expresar sus ideas comerciales, sus sueños

respecto de los grandes almacenes modernos, recibiendo y colocando millones de mercancías. Frecuentemente cuando su marido no estaba en casa y abría la correspondencia con el joven, le detenía, le consultaba y le parecían muy atinadas sus observaciones. Por efecto de esto se estableció entre los dos una especie de intimidad comercial. Á cada instante se juntaban sus manos al pasarse las facturas, respiraban en la misma atmósfera al examinar las cuentas, y habia entre los dos abandonos de expansión cerca de la caja como consecuencia de las buenas entradas. En estos momentos Octavio hasta abusaba: su táctica consistía en halagar sus instintos mercantiles para vencerla en un día de debilidad, á favor de la emoción que produjera en ella, por ejemplo, una buena venta inesperada. Al mismo tiempo buscaba alguna idea asombrosa que fascinándola la hiciese entregarse á él á discreción. Por lo demás, cuando no se trataba de los asuntos comerciales, recuperaba ella su tranquila superioridad y le daba órdenes con mucha finura, pero lo mismo que á los mozos del almacén; porque eso sí, dirigía la casa con su frialdad de mujer bonita, siempre con una corbatita de hombre, adornando su cuello de estatua antigua que dismi-

núa con su gracia la severidad del cuerpo de su vestido eternamente negro.

Por aquel tiempo, cayó enfermo M. Hedouin y tuvo que ir á tomar las aguas de Vichy. Octavio se alegró de esta ausencia. Aunque Mad. Hedouin fuese de mármol, en su viudez se ablandaría; pero se equivocó de medio á medio, porque no notó en ella ni el más leve estremecimiento, ni la menor señal del más insignificante deseo de voluptuosidad. Jamás se había mostrado más activa; su cabeza estaba muy despejada y su vista más perspicaz que de costumbre. Se levantaba al amanecer, y recibía las mercancías en el piso bajo con la pluma detrás de la oreja y mostrándose atareada como el más inferior dependiente. En todas partes se la veía, tan pronto estaba arriba como abajo, en la sección de sedería como en la de lencería, cuidaba de la colocación de los géneros en los escaparates, vigilaba la venta y pasaba tranquila sin coger polvo siquiera por medio de los bultos hacinados en la tienda demasiado estrecha para contenerlos. Cuando la hallaba en medio de algún pasaje estrecho entre un muro de piezas de lana y una pila de toallas, Octavio se colocaba del mejor modo para que al pasar se rozasen los pechos, pero iba siempre tan preocupada

que ni le miraba ni le sentía. Por otra parte le molestaba mucho la asidua inspección de Gasparina que en aquellos momentos aparecía siempre y les dirigía miradas inoportunas.

A pesar de estas contrariedades el joven no desesperaba. A veces se creía próximo al término de sus aspiraciones y formaba su plan para el día siguiente, en el cual de seguro iba á ser el feliz amante de Mad. Hedouin. Entre tanto, y para calmar sus impacencias conservaba á María, pero no sin cierto temor, porque aunque era fácil y no le costaba dinero, podía llegar á aburrirle con su fidelidad de perro leal, razón por la cual, aun cuando la buscaba la noche de aburrimiento, pensaba ya en el medio de deshacerse de ella. Dejarla brutalmente le parecía poco acertado. Un día de fiesta por la mañana, al ir á buscar en el lecho á su vecina, aprovechando la ausencia de su esposo, se le ocurrió la idea de devolver María á Julio, de arrojar á la una en los brazos del otro, dejándolos tan amartelados, que pudiera separarse de ellos con la conciencia tranquila. De todos modos aquella era una buena acción, que podía servir para acallar en su alma todo remordimiento. Sin embargo no se decidía á realizarla, porque no quería carecer de mujer.

Otra complicación preocupaba á Octavio en casa de los Campardon. Comprendía que se acercaba el momento en que debía cesar de ser su pensionista. Desde hacía tres semanas Gasparina se instalaba en la casa, adquiriendo influencia y autoridad de día en día. Primero fué todas las noches, luégo aparecía á la hora del almuerzo, y á pesar de sus ocupaciones en el almacén, comenzaba á encargarse de la educación de Ángela, de las provisiones, en fin, de todo. Rosa decía frecuentemente á su marido:

—¡Ah! cuánto me alegraría de que Gasparina viviera con nosotros.

Pero siempre contestaba el arquitecto ruborizándose de escrúpulos y lleno de vergüenza:

—No, no... eso no puede ser... Por lo demás, ¿en dónde dormiría?

Y explicaba que sería necesario ceder á la prima su gabinete de estudio, lo que le obligaría á trasladar sus bártulos á la sala. Bien es verdad que esto no le molestaria, porque tarde ó temprano iba á verse obligado á hacer la mudanza, toda vez que necesitaba más espacio, gracias á los trabajos que llovían sobre él. A pesar de esto Gasparina debía continuar viviendo aparte. ¿Con qué fin amontonarse en la casa?

—Cuando uno está bien, decía á Octavio, no debe uno querer estar mejor.

Por aquel tiempo tuvo necesidad de ir á pasar un par de días á Evreux. Las obras del arzobispado le preocupaban. Había cedido á un deseo de su eminencia sin que hubiera un crédito abierto, y la construcción del hornillo de las nuevas cocinas y el calorifero, amenazaban costar mucho más de lo presupuestado. Por otra parte el púlpito, para el que habian destinado tres mil francos subiría lo menos á diez mil, y necesitaba ponerse de acuerdo con el arzobispo, á fin de tomar las debidas precauciones inherentes en estos casos.

Rosa no le esperaba de vuelta hasta el domingo por la noche; pero llegó por la mañana á la hora del almuerzo, y su entrada causó un verdadero trastorno. Gasparina estaba sentada á la mesa, entré Ángela y Octavio. Desde luego descubrió en todos cierto aire de misterio, á pesar de que procuraban disimular su impresión. Lisa cerró la puerta de la sala á una seña que le hizo Rosa, mientras que Gasparina procuraba empujar con un pié, debajo de la mesa, varios pedazos de papel que había en el suelo. Cuando anunció que iba á quitarse la ropa de viaje todos le detuvieron.

—Espere V.... tome V. una taza de café, ya que ha almorzado en Evreux.

Por último, al descubrir el apuro en que se hallaba Rosa, ésta se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—Querido mío, no vayas á reñirme. Si hubieras llegado por la noche, como anunciaste, todo lo habrías encontrado en orden.

Con mano temblorosa abrió la puerta y le guió, á la sala primero y después al gabinete. Una cama de caoba que había llevado por la mañana un mueblista ocupaba el lugar del tablero de arquitecto, que había sido trasladado á la sala; pero aún no estaban arregladas las habitaciones, los cartapacios de los dibujos se confundían con los vestidos de Gasparina, la Virgen del Corazón, chorreando sangre, estaba arrimada á la pared.

—Queríamos sorprenderte, murmuró madama Campardon muy conmovida, y ocultando su rostro en el pecho de su marido.

Él, no menos conmovido miraba, sin decir una palabra, y procurando que sus ojos no se encontrasen con los de Octavio. Entonces dijo Gasparina:

—¿Acaso le incomoda á V. lo que hemos hecho? Rosa no me ha dejado á sol ni á sombra hasta decidirme. Pero si V. cree que sobre aquí aún estamos á tiempo.

—¡Oh! querida prima, exclamó al fin el arquitecto, todo lo que hace mi mujer lo doy por bien hecho.

Rosa comenzó á sollozar, sin separarse de los brazos de su marido.

—Vamos, mujer, añadió éste, no seas tonta... ¿á qué viene llorar de ese modo? Por mi parte estoy muy contento. ¿Querías tener á tu lado á la prima? Pues bien, sea. Yo me arreglo en cualquier parte y de cualquier modo... Ea... se acabó... no hay que llorar. ¡Ves... te abrazo como te quiero... muy apretado, muy apretado!

Y se la comía á besos. Rosa, que tan pronto lloraba como reía, se consoló y le besó á su vez en la barba, diciéndole dulcemente:

—Has sido muy cruel... Dale también un beso.

Campardon besó á Gasparina. En seguida llamaron á Ángela, que desde el comedor miraba lo que ocurría con la boca abierta, y también tuvo que besar á la prima. Octavio se apartó un poco, pensando que en aquella casa acababan todos por enternecerse. Al mismo tiempo notó con asombro la actitud respetuosa, la risueña amabilidad de Lisa para con Gasparina. Aquella correntona con ojeras, era toda una chica inteligente.

El arquitecto se puso en mangas de camisa, y silbando y tatareando con la alegría de un chico, empleó la tarde en arreglar el cuarto de la prima. Ésta le ayudaba moviendo los muebles con él, sacando la ropa del baul, sacudiendo sus vestidos, y Rosa, sentada por miedo de fatigarse, les decía dónde habían de colocar la cama y dónde la mesa de noche, para mayor comodidad de todos. Entonces comprendió Octavio que servía de obstáculo á su expansión, se veía fuera de su sitio en medio de una familia tan unida, y les anunció que aquella noche no comería allí. Estaba decidido: al día siguiente se despediría, inventando cualquier pretexto.

A cosa de las cinco, sintiendo no saber dónde podría encontrar á Troublot, se le ocurrió la idea de convidarse á comer en casa de los Pichon, á fin de no pasar solo la noche. Pero al entrar en su casa fué testigo de una deplorable escena de familia. Allí se hallaban los Vuillaume indignados, furiosos.

—¡Es una iniquidad, caballero! decía la madre, de pié y con el brazo levantado sobre su yerno, que estaba en una silla anonadado. ¡V. nos dió su palabra de honor!

—Y tú, añadía el padre, haciendo retroceder á su hija que temblaba de piés á ca-

beza, no salgas á su defensa. Tan culpable eres tú como es él. ¿Queréis moriros de hambre?

Mad. Vuillaume se puso el abrigo y el sombrero, y exclamó con voz solemne:

—¡Adiós! Al menos no queremos estimular con nuestra presencia vuestro desorden. Desde el momento en que no hacéis caso de nuestros deseos, nada tenemos que hacer aquí... ¡Adiós!

Al ver que su yerno, por efecto de la costumbre se levantaba, disponiéndose á acompañarlos.

—No se moleste V., añadió; ya hallaremos el ómnibus sin su ayuda. Vámonos... Que coman lo que habían dispuesto para hoy y que les haga buen provecho. No siempre les sucederá lo mismo.

Octavio, estupefacto, procuró pasar desapercibido. Cuando se fueron observó á Julio que volvió á sentarse aterrorizado, y á María que estaba pálida y triste, de pié junto al aparador. Los dos callaban.

—¿Pero qué es lo que ocurre? preguntó:

La joven, sin responder á su pregunta y con voz quejumbrosa, se puso á reñir á su marido.

—Ya te lo advertí... debías haber esperado para hacerles tragar la píldora con suavi-

dad. Nadie nos metía prisa... todavía no se nota.

—¿Pero qué es ello? repitió Octavio.

Entonces sin mirarle, dijo:

—¿Qué ha de ser? que estoy embarazada.

—Ya estoy hasta arriba, gritó Julio levantándose. Me ha parecido honrado anunciarles sin pérdida de tiempo ese nuevo fastidio... ¿Por ventura se figuran que me divierte semejante suceso? Más me ha sorprendido á mi que á ellos. Tanto más, ¡voto al diablo! cuanto que la culpa no es mía. ¿No es verdad, María, que no sabemos cómo diántres ha podido ser eso?

—¡Ya lo creo... tienes razón! afirmó la joven.

Octavio contaba los meses. Estaba embarazada de cinco, y desde fin de Diciembre á fin de Mayo, la cuenta no marraba. Primero se conmovió y después le pareció más cómodo dudar; pero no por eso dejó de estar enternecido, sintiendo la necesidad de dispensar algún beneficio á los Pichon. Julio continuaba gruñendo: de todos modos sería bien recibido el nuevo vástago, por más que no hacia maldita la falta. María, por su parte, siempre tan amable, se enfadaba y concluía por dar la razón á su madre, que no perdonaba nunca la desobe-

diencia. Marido y mujer se enzarzaron en una riña, echándose el uno al otro la culpa de aquello, cuando Octavio puso paz, exclamando:

—Con reñir no adelantan ustedes nada... lo hecho no puede deshacerse. Pelillos á la mar. Lo que es aquí no podemos comer, la atmósfera es demasiado triste. Los convido á ustedes... ¿quieren ustedes venir conmigo á la fonda?

La joven se puso colorada. Comer en la fonda era su mayor alegría; pero expuso que su niña la estorbaba darse el menor placer. Convinieron en que la pequeña iría con ellos y pasaron una noche deliciosa. Octavio los llevó á un *restaurant* y pidieron un gabinete particular, para estar más á sus anchas. Allí los atiforró de manjares, con una prodigalidad extraordinaria, gozándose al verlos comer, sin pensar en la cuenta que le presentarian al final. A los postres, cuando acostaron á la niña en el sofá, pidió champagne, y los tres, olvidados de todo, se entregaron á las dulzuras de la digestión. A las once hablaron de retirarse, y como la pequeña se negaba á andar, para completar su obra tomó Octavio un coche, y tuvo el escrúpulo de no tocar con sus piernas las de María durante el trayecto. Sólo